



FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

“Feliz tú, la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Apocalipsis 11,19; 12,1.3-6.10; 1Corintios 15,20-27; Lucas 1,39-56

La secuencia de los domingos del Tiempo Ordinario se interrumpe para dar paso a la fiesta de la Asunción de María, fiesta celebrada con devoción desde tiempos antiguos (siglo VI o incluso siglo IV) en la Iglesia de oriente y posteriormente en la Iglesia de occidente. El 1 de noviembre de 1950 fue proclamada solemnemente como dogma por el papa Pío XII. Lo que se proclama y celebra es que la acción salvífica de Dios, realizada en la muerte y resurrección de Jesús, ha alcanzado y asumido plenamente a María, la madre de Jesús y participa así definitivamente en la gloria de su hijo. A eso nos orientan las lecturas elegidas para la celebración de la fiesta.

La primera lectura está tomada del último libro de la Biblia, el Apocalipsis. La incipiente comunidad cristiana vive tiempos de persecución por parte del gran Imperio. Atemorizada necesita afianzar su confianza en el poder salvífico de Dios, realizado en Jesús. Con gran dramatismo se presenta una gran confrontación entre “la Mujer,, que está encinta” y “la gran Serpiente con siete cabezas” –alusión a la Roma imperial– que pretende devorar al Hijo de la mujer en cuanto lo diera a luz”. Finalmente se impone la victoria de Dios: “Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo”, lo que constituye el fundamento de la esperanza a la que el autor del libro convoca en medio de la persecución.

La lectura del capítulo 15 de la Primera carta a los Corintios nos permite entender la ascensión de María en su verdadero significado: su plena participación en el misterio de la resurrección de Cristo, que “resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron”. La devoción y la imaginería artística lo representaban sensiblemente como una María elevada e introducida en el cielo junto a su Hijo. A través de esas imágenes expresaban el cumplimiento ya en ella de lo que Pablo enseñaba en su carta. Nosotros entendemos y creemos que una vida como la de María, tan estrechamente vinculada –por la maternidad y por el seguimiento– a Jesús, está llamada a participar de la plena salvación –“resurrección”– que él, –“como primicias”– nos alcanzó.

El evangelio, tomado de san Lucas, ha elegido el relato en torno a la visitación de María a su pariente Isabel. En él leemos el gran elogio que recibe María de su pariente: “Feliz tú, la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” y la acción de gracias de María –el “Magnificat”–, asombrada “porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso”. María: la mujer creyente. Y se le habían dicho cosas inimaginables. Si leemos de manera sencilla –sin el presupuesto de lo que nosotros ya sabemos– el relato de la anunciación, podríamos entender el natural desconcierto inicial de aquella joven mujer y valorar mejor su confianza y disponibilidad para acoger y entregarse a lo que se le decía de parte del Señor. Ella lo expresó de manera sencilla y delicada, inspirada en la espiritualidad de su pueblo: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Nos recuerda la oración del salmo 123: “Como están los ojos de una sierva fijos en las manos de su señora, así nuestros ojos en el Señor nuestro Dios hasta que se apiade de nosotros”. Su respuesta deja el protagonismo a la acción de Dios, verdadero Señor de la historia. De su parte queda la disponibilidad confiada de la “sierva”, no por eso menos activa y responsable. Actitud que reconocemos asumida y exigida por el mismo Jesús: “no para ser servido, sino para servir y dar su vida...” (Mc.10,45),

La oración puesta en labios de María está centrada en el agradecimiento a la acción misericordiosa de Dios, de la que ha sabido desentrañar toda su carga histórica. La misericordia de Dios no es una simple bondad abstracta, desencarnada y neutral. Es, ciertamente, una clave permanente de su presencia en la historia humana: “de generación en generación”. Pero, misteriosamente –al estilo divino– realizada en favor de los humildes, pequeños, insignificantes. Lo reconoce en su propia persona: “la humildad de su esclava” y lo proyecta universalmente: “dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes”. Soberbios-humildes, una contraposición que explica en profundidad –“en su corazón”– muchos conflictos, desprecios y desigualdades en nuestra sociedad, con repercusiones manifiestas en situaciones

muy reales, que la misma María no deja de percibir: “a los hambrientos colmó de bienes y a los ricos despidió sin nada”. No es revanchismo de la misericordia de Dios, sino una manera de dejar claro el amor preferencial de Dios por la vida de los pobres, hambrientos e insignificantes.

El texto no termina en la oración. La “sierva” de Dios se manifiesta como “servidora” de la otra mujer necesitada de ayuda: “María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa”. María mujer creyente y servidora de quien necesita, contemplativa de la misericordia de Dios y atenta a cómo se desarrolla en la justicia y la liberación de los débiles. Así, María “siente” a Dios a su manera, como mujer de su tiempo y tradición religiosa. Nos invita a “sentir” y creer, a vivir y servir, como mujeres y varones de nuestro tiempo.

En ella sólo descubrimos como anticipado lo que Jesús, de manera definitiva, en su actuar y en sus palabras claramente nos fue proponiendo: una manera de vivir y creer en Dios que da sentido y novedad a nuestra propia manera de ser creyentes y servidores del mundo nuevo que anhelamos. La fiesta de la “asunción de María” nos dice qué sentido y estilo de vida es el que Dios reconoce como auténtico seguimiento de Jesús, llamado a participar en la plenitud de vida de aquél que resucitó “como primicias” de la nueva humanidad.